



Homilía

Ordenación sacerdotal de José Arjona

Santa Iglesia Catedral, sábado 11 de septiembre de 2010

Excmo. Sr. Deán y Cabildo Catedral; Ilmos. Sres.: Vicario general y Vicarios presentes; Rector del Seminario; Rvdo. Hno. Provincial y Hnos. lasalianos de Arcos de la Fra., de Sanlúcar de Barrameda, San Fernando, Chiclana, Jerez y Sevilla; Rvdos. Párrocos y feligresía presente de Almargen, San Rafael y San Gabriel (de Jerez); Zahara de la Sierra y El Gastor; queridos familiares y hermanos todos en el Señor:

Convocados hoy por el Señor para celebrar con gozo la ordenación sacerdotal de nuestro hermano **José Arjona**, elevamos, en primer lugar, nuestra acción de gracias a Dios que sigue bendiciendo a esta diócesis de Asidonia-Jerez con el ministerio sacerdotal.

“El que quiera servirme...

Un ministerio de íntima colaboración con la misión pastoral de Jesús, *“en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia”* (cf. Col 1, 24), a partir de nuestra relación con Él. Nuestra tarea como sacerdotes es ser fieles instrumentos del Señor como ministros de la Palabra de Dios, administradores de la gracia divina mediante la Eucaristía y los demás sacramentos, y pastores del pueblo de Dios según el corazón misericordioso de Cristo. Así nos lo recordaba el Santo Padre recientemente:

“el sacramento del orden consiste en ser insertado totalmente en Cristo para que, partiendo de Él y actuando con vistas a Él, realice en comunión con Él el servicio del único Pastor, Jesús, en el que Dios como hombre quiere ser nuestro Pastor”.

En efecto, a la luz de estas palabras considera, querido hermano José, la gran maravilla que en esta celebración se realiza en ti: mediante el sacramento que vas a recibir serás introducido como pastor al servicio del gran Pastor, Jesucristo. Hasta hace poco has sido y has vivido tu *“seguimiento”* como hijo de San Juan Bautista de La Salle, configurado como Cristo maestro y pedagogo. Pero hoy el Señor te concede una gracia especial y te elige y te consagra para el ministerio pastoral.

La consagración por el Espíritu Santo imprime un carácter indeleble y definitivo en lo más hondo de nuestro ser, abriendo así una fuente de gracia a la que podemos acudir a beber cada vez que sintamos necesidad de activar o reavivar nuestro ministerio. Es, por tanto, el Espíritu el que asegura nuestra identidad sacerdotal; de ahí que, no te olvides nunca, querido hermano, de tu dignidad de sacerdote; y lucha día a día para ser fiel a la gracia que hoy recibes por la unción y la imposición de manos.

La unción del Espíritu nos permite actuar en la persona de Cristo para *“anunciar la Buena Noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos...”* (cf Lc 4, 18s); y, como ministros de los sacramentos, llevar en nosotros el don de la salvación. Somos depositarios de la omnipotencia de Dios, de su poder regenerador, cuya cumbre de misericordia se derrama en el Sacramento del perdón.

Tome su cruz cada día ..

Ahora bien, debemos tener bien presente que el único camino para acceder legítimamente hacia el ministerio de pastor es la cruz. Jesús pone de relieve con gran claridad esta condición de fondo, afirmando: *“El que no tome su cruz y me siga, no puede ser discípulo mío”... “El que sube por otro lado, ése es un ladrón y un salteador”* (Cf. Lc 14, 26; Jn 10, 1).

Esta es la verdadera entrada, ésta es la verdadera puerta. Ser sacerdote no es una escalada profesional; ni un ascenso socialmente considerado. Es una **“subida”** –si podemos hablar así- en el amor y el servicio. No desear llegar a ser alguien (**“ser más”**), sino, por el contrario, **“ser para”** los demás, siendo para Cristo; y así, mediante Él y con Él, ser para los hombres que Él busca y quiere conducir por el camino de la vida.

Subir a la cruz –subir en la entrega-, es tener asumido que es Cristo quien debe disponer de nosotros, aunque no coincida con nuestros deseos de autorrealización y estima. Entrar por la **“puerta”** del rebaño, que es el mismo Cristo, quiere decir conocerlo y amarlo cada vez más, para que nuestra voluntad se una a la suya y nuestro actuar llegue a ser uno con Él. Por tanto, el tesoro de todo sacerdote no es otro que la intimidad con el Señor.

Así lo confesaba en una homilía el Papa Benedicto XVI, quien después de aconsejarnos como sacerdotes que mirar a Cristo es el secreto de la felicidad, decía:

"Tener trato con Dios es para mí una necesidad. Tan necesario como respirar todos los días... Si Dios no estuviese aquí presente yo ya no podría respirar de manera adecuada".

Por tanto, José, no te olvides nunca que el éxito de nuestro sacerdocio no es otro que optar por Cristo siempre; que Él sea lo principal y todo lo demás secundario.

Y ¡sígame!..

A ejemplo del Santo Cura de Ars, ten un profundo amor por la Eucaristía y por el sacramento de la Penitencia. Y como él convéncete de que todo fervor en la vida de un sacerdote depende de la Misa. De hecho, afirmaba:

“Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios. “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!”. “La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!”. (Cf. *“El Cura de Ars. Su Pensamiento – Su Corazón”*. P. Bernard NODÉ, 1966, 104-105)

Por ello, nunca te olvides que la celebración de la Santa Misa es la acción más sublime y más sagrada de todo sacerdote. Celebra cada Eucaristía como si fuese la primera, la última y la única; y entonces sí que podrás hacer tuya la recomendación de Pablo a Timoteo:

“Procura .. ser para los creyentes modelo en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe..” (1 Tim 4, 12).

No cabe duda que ser modelo de Cristo es algo que nos supera. Pablo es consciente de que ello puede abrumar a Timoteo y por eso le recuerda la fuente de donde brota su exigencia **“No descuides el don que está en ti por la imposición de mis manos”** (cf. 2Tim 1, 6).

Es decir, hay que tener siempre presente que somos instrumentos vivos de Cristo, el Sacerdote Eterno, no por méritos propios, sino por pura misericordia de nuestro Dios que nos ha elegido y nos ha dotado de una gracia especial que nos capacita para vivir en Cristo, a pesar de nuestra debilidad humana (Cf. 2Cor 12,9) y poder actuar **“in Persona Christi”**.

Grábate el lema del concluido año sacerdotal: **“Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”**. No te olvides nunca de que el Señor Jesús, por pura gracia, se ha fijado en ti y te ha llamado por tu nombre para enviarte a ser **“sal”** y **“luz”** en medio en una sociedad que necesita ser iluminada por la civilización del amor y salada por la cultura de la vida.

Por el camino del amor..

Y, para ello, nada mejor que luchar día a día para configurar tu ser con Cristo .. conociéndolo de cerca, convirtiéndote cada vez más en un hombre de Dios, que vive y cultiva su relación con Él. Pues, como afirmaba en mi carta pastoral (**“El sacerdote ministro de la comunión con Dios y con la Iglesia”**)

“Es justamente el amor a Jesús el que marca la diferencia entre mediocridad y santidad, entre la vida del sacerdote funcionario o ejecutivo y la del sacerdote siervo de Cristo y digno dispensador de los misterios de Dios. En este caso, la tarea pastoral no es mas que la consecuencia deseable y la expresión concreta del amor por Cristo: **“Pedro ¿me amas**

más que éstos? [...] Sí Señor, tú sabes que te quiero [...] Apacienta a mis corderos” (Jn 21,15)” (Cf nº 2)

Ante este tesoro que llevamos en vasos de barro (Cf. 2Cor 4,7), hoy, igual que siempre, renovamos nuestro corazón en el altar y nos encomendamos a la **Santísima Virgen Inmaculada** para que Ella nos ayude a todos a caminar por las sendas de la humildad.

Y para ti, querido hermano José, le pedimos que, sin dejar de ser un hijo de San Juan Bautista de La Salle, siguiendo la pedagogía de Cristo, seas no sólo un santo maestro, sino un buen y santo sacerdote. Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez